Miércoles, 25 de mayo 2016

Contra la senilidad cultural

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2016/05/against-cultural-senility_25.html

Para el gourmet de la absurdez sociopolítica, las noticias de las últimas semanas definen casi a la perfección la expresión de "ambiente rico en objetivos." Tomo nota, por ejemplo, de que el archi-neoconservador Robert Kagan —fundador del Proyecto para un Nuevo Siglo Americano y arquitecto principal de la estúpida y sanguinaria política estadounidense en Oriente Medio, un hombre que nunca encontró un cadáver metido en su bolsa de plástico que no le gustase— ha saltado para respaldar las ambiciones presidenciales de Hillary Clinton.

En otras condiciones me preguntaría si Kagan había decidido quebrar las esperanzas de Clinton, utilizando una dosis letal de sátira para señalar que sus posiciones políticas son indistinguibles de las de George W. Bush: ya sabes, el tipo que tantos demócratas denunciaron hace sólo ocho años como la pura encarnación del mal. Por desgracia, nada tan inteligente como eso esté en las obras. Kagan parece bastante sincero en su adulación a Clinton. Lo que es más, su esposa, Victoria Nuland, una protegida de Hillary Clinton en el Departamento de Estado y uno de los principales agentes en la arriesgada política de la Guerra Fría contra Rusia seguida por la administración Obama, ahora se rumorea como la más probable elección de Clinton para la Secretaría de Estado.

Como sátira involuntaria, aunque parezca difícil, yo diría que ha sido superada por otra historia reciente, que señala que los estudiantes de la Universidad de Brown (una de las universidades de la Ivy League, las más prestigiosas de EE.UU) están molestos. Resulta que están tan ocupados en protestar por la justicia social en estos días que no tienen tiempo suficiente para mantenerse al día con sus trabajos en clase, mientras sus profesores aún están esperando que entreguen sus trabajos a tiempo, una demanda que los estudiantes consideran como manifiestamente injusta. ¿Es una parodia salvaje aparecida en algún sitio web derechista? Nop; la historia apareció en el periódico estudiantil de la Universidad de Brown a principios de este mes.

Para ser justos con los estudiantes, ellos no son los únicos que han redefinido la finalidad de una educación universitaria como algo que, en aras de la cortesía, llamaremos "peculiar". Los miembros radicales de la facultad, que alientan a este renacimiento de su desaparecida juventud como un equivalente político del síndrome de Munchausen por poderes, están haciendo lo mismo. Por supuesto, hay corporaciones que piensan que las universidades son lugares donde los futuros empleados van a pagar para obtener capacitación para el trabajo, igualmente hay burócratas (de la burbuja de marketing de aguas residualesde la universidad) que ofrecen a los estudiantes la "experiencia universitaria", y así sucesivamente a través de una galaxia entera de inútil e injustificado autobombo. Lo único que no encuentra acomodo entre todas estas re-definiciones de la competencia es, como era bastante previsible, el aprendizaje.

He mencionado previamente en este blog la necesidad de idear nuevas oportunidades para el aprendizaje, y, en particular, una nueva estructura para la educación de adultos, que no esté al servicio de los intereses políticos y financieros cada vez más evidentes de la industria académica. En términos más generales, el concepto de aprendizaje ha sido un tema central de este blog desde su inicio —en parte porque la impresionante incapacidad de la moderna sociedad industrial para aprender las lecciones del fracaso es una espada de Damocles en la vida pública hoy, en parte porque dar sentido al aprendizaje de habilidades prácticas para hacer frente a las crisis convergentes de nuestro tiempo ocupa un lugar destacado en la lista de tareas pendientes para cualquier persona que se tome en serio el futuro—. Creo, por tanto, que es el momento de acercar el debate al centro del escenario, y hablar sobre el aprendizaje y la educación en el contexto del largo descenso.

Podríamos comenzar esa discusión en cualquier momento y lugar, pero la reciente charlotada de Brown es un buen comienzo. Creo que podemos suponer que la función de las universidades no es la de brindar a los jóvenes un lugar privilegiado para que jueguen a cambiar el mundo antes de sentar la

cabeza y vivir engordar vitae en sus carreras corporativas o gubernamentales. Si las universidades tampoco existen para de los otros dudosos fines mencionados anteriormente, entonces, ¿para qué sirven las universidades?

Eso se aborda mejor mirando las otras dos patas del trípode institucional en que una vez se apoyó la educación estadounidense. En esos días hace mucho tiempo desaparecidos, cuando los Estados Unidos todavía tenían un sistema educativo que funcionaba, ese sistema se basaba únicamente en tres amplias categorías de escuelas: las escuelas públicas, las escuelas de comercio y las universidades. Las escuelas públicas existían con el fin de proporcionar las habilidades intelectuales básicas que permitiesen a los jóvenes participar en la sociedad como ciudadanos productivos. Las escuelas de comercio existían con el propósito de enseñar las habilidades técnicas que permitían a los graduados encontrar un trabajo estable en negocios que requerían conocimientos y habilidades específicas. En la categoría de escuela técnica, también podríamos incluir a las facultades de medicina y las pocas facultades de derecho que existían entonces (la mayoría de los abogados obtuvieron su formación jurídica gracias al aprendizaje en bufetes hasta bien entrado el siglo XX) y otras destinadas a producir profesionales capacitados, tales como las escuelas de teología .

Luego estaban las universidades. El gran viejo hábito estadounidense de deslumbrar con pomposidad —que se utiliza para duplicar la longitud del comienzo de las direcciones postales y los discursos del Congreso por igual— hace que sea un poco difícil de desentrañar, desde la retórica de hoy, el propósito que se pretendía con una educación universitaria, pero atendiendo a lo fue realmente se enseñaba en ellas a finales del siglo XIX y principios del XX las cosas quedan muy claras: las universidades existían para iniciar a los estudiantes en un encuentro cercano, cara a cara, con ese país extranjero que llamamos el pasado. Por eso el plan de estudios de la universidad de entonces se centraba en temas tales como la historia, los clásicos, la literatura, y similares; y por ello la palabra "literatura" en un entorno académico en general, excluía cualquier cosa escrita por un autor vivo.

Estas fueron exactamente las cosas a las que dirigieron su atención las revoluciones educativas de nuestro tiempo y las cosas que, en su mayor parte, han destruido. Bajo el lema de "relevancia" los reformadores en cualquier ámbito académico de Estados Unidos en los años 1960 y 1970 impulsaron la sustitución del plan de estudios tradicional por algo más actual, moderno, progresista, en una palabra, a la moda. Junto con la gran cruzada por la relevancia vino la proliferación de nuevos departamentos y programas de grado. A partir de entonces, lo que quedaba del antiguo plan de estudios fue atacado por los defensores de la posmodernidad en todos los sabores, y después de eso vino lo que se conoce en el negocio académica como "teoría crítica", es decir, las ideologías de condena y exclusión que se centran en la raza, el género, y otros marcadores del privilegio y las desventajas en la sociedad.

Todos estos cambios, entre otras consecuencias, han tenido el efecto de distanciar a los estudiantes del enfrentamiento con el pasado que fue crucial en el enfoque de la educación universitaria. La cruzada por la relevancia y la producción masiva de nuevos programas en los departamentos y nuevas titulaciones lo lograron fácilmente, reorientando la atención desde el pasado hasta el presente. No es casual que la gran mayoría de los nuevos departamentos y programas de grado se hayan centrado en uno u otro aspecto de la modernidad, ni que para los pedagogos radicales de los años sesenta la palabra "relevante" significase generalmente "algo escrito en el tiempo de nuestras vidas." Los otros dos movimientos antes nombrados hicieron lo mismo, aunque de una forma algo más sutil.

El tema común compartido por los diversos movimientos agrupados en la "posmodernidad", fue la imposición de una gruesa capa de teoría interpretativa entre el estudiante y el texto. A los posmodernistas les gustaba afirmar que su aparato teórico les permitía saltar ágilmente dentro y fuera de los textos de cada lugar y tiempo, al tiempo que los comprendían, pero eso fue precisamente lo que la teoría no hizo. En cambio, si me disculpa la metáfora, funcionó como una especie de condón intelectual, que pretendía evitar que los estudiantes pudiesen concebir ninguna idea inesperada como resultado de sus relaciones con el pasado. Aquellos de mis lectores que se encontraron con el tipo de publicación académica que resultó de esa post-modernidad recordarán un gran número de "comentarios de texto" escritos a lo largo de sus líneas, que intentan mantener diligentemente el texto y

meter palabras de refilón, al tiempo que citaban machaconamente a Derrida[1] et al. cada dos o tres párrafos.

Si el postmodernismo pretende entablar una conversación con el texto, la teoría crítica, estando rabiosamente de moda en muchas universidades de Estados Unidos parece un buen equivalente de la Inquisición española: uno a uno los textos son llevados ante un tribunal, torturados con una variedad de instrumentos críticos hasta que confiesan, sufren condena por sus supuestos errores, y luego son arrastrados por una multitud vociferante para ser quemados en la hoguera. El borrado del pasado tiene aquí dos aspectos. Por un lado, los defensores de la teoría crítica gustan de insistir en que los estudiantes no deben ser obligados a leer cualquier texto que haya sido condenado tan contundentemente; por el otro, el estar demasiado ocupado refocilándose uno mismo en la propia superioridad moral (sobre la de los antepasados) es una forma muy eficaz de no aprender nada del pasado o de lo que se haya dicho anteriormente.

Sin embargo, aunque estos movimientos fueron muy populares en la industria académica, me gustaría sugerir que eran desastrosamente falsos, en el mejor de los casos, y han desempeñado un papel importante en generar una condición generalizada y muy destructiva en nuestra vida colectiva. Más adelante daré un nombre sugerente a esa condición, pero antes quiero hablar sobre los motivos por los que la supresión del pasado es tan problemática.

Johann Wolfgang von Goethe señalaba que una persona que sólo conoce una lengua no sabe en realidad idioma alguno, y tenía razón. Sólo cuando se aprende un segundo idioma uno empieza a descubrir que mucho de lo que pensaba que eran certezas sobre el universo son meramente artefactos de la estructura gramatical y semántica de su lengua materna. Si el lenguaje es vago, también lo son sus pensamientos; donde el idioma asigna varios significados distintos en una sola palabra, tú también lo haces; donde el idioma impone estructuras arbitrarias sobre las complejidades de la experiencia —a menos que uno tenga experiencia con otra manera de encajar el mundo en diversos patrones lingüísticos— seguro que vas a hacer lo mismo, incluso cuando no estés hablando ni incluso pensando en las palabras.

He aquí un ejemplo. Los que solo hablan inglés tienden a pensar en términos de relaciones lineales causa-efecto. Verás ese hábito en plena floración al escuchar a los estadounidenses cuando tratan de entender cualquier cosa. Si algo pasa, lo que quieren es saber qué es lo que lo causó, y en lo posible, identificar una causa única. En el mundo real, casi nunca sucede que una sola causa inicie un proceso y que tenga sólo un efecto; en el mundo real, hay cadenas de interacción tremendamente complejas y enredadas, incluso en el más simple de los casos y de allí hasta el infinito, pero a los estadounidenses no les gusta pensar de esa manera.

¿Por qué? Se debe a que en la lengua inglesa la estructura de la oración normalmente tiene un sujeto, (alguien que provoca una acción) seguido de un verbo (la acción que realiza el sujeto), y por lo general un predicado (el efecto que genera la acción). Esa es nuestra gramática habitual, y por lo tanto ese es el patrón rutinario de nuestros pensamientos.

En realidad hay muchos idiomas que no tienen la misma estructura. En galés moderno, por ejemplo, la mayoría de las oraciones comienzan con una forma del verbo "ser". Donde un angloparlante diría "Los niños están jugando en el patio", una persona que se exprese en galés diría "Mae'r plant yn chwarae yn yr ardd ", literalmente "Son los niños que juegan en el patio". Las frases en inglés suelen implicar una relación de causa - efecto (la causa "niños" tiene el efecto de "jugar"), es decir, mientras la mayoría de las frases en galés implican una condición compleja del ser (el estado actual de las cosas incluye los fenómenos "niños" y la circunstancia de "jugar"). Si conoces ambas lenguas lo suficientemente bien como para pensar en ello, no usarás por defecto una cualquiera de las opciones, ni necesariamente te conformarás sólo con esas dos opciones, porque una vez que te acostumbras a pasar de uno a otro idioma, puedes fácilmente imaginar otras alternativas.

[1] Jacques Derrida (El-Biar, Argelia francesa 15 de julio de 1930 - París, 8 de octubre de 2004), ciudadano francés nacido en Argelia, es considerado uno de los más influyentes pensadores y filósofos contemporáneos. Su trabajo ha sido conocido popularmente como pensamiento de la deconstrucción, aunque dicho término no ocupaba en su obra un lugar excepcional.
(https://es.wikipedia.org/wiki/Jacques_Derrida)

Me gustaría sugerir que lo que es cierto para un lenguaje también es cierto —y de hecho puede ser todavía más cierto— para las ideas y prejuicios de una época: si sólo se conoce una en realidad no se sabe nada en absoluto. Del mismo modo que la persona que sólo conoce una lengua permanece atrapado en los hábitos gramaticales y semánticos del lenguaje, la persona que sólo se ha encontrado con el pensamiento único de una época que queda atrapado en los prejuicios, los presupuestos, las nociones habituales y suposiciones acríticas, no sometidas a examen, de esa época.

He usado la palabra "atrapado", pero la elección del términos describe erróneamente un aspecto muy importante del fenómeno: resulta es muy cómodo. Así, la mayoría de las grandes preguntas tienen respuestas fáciles, y las que aún están abiertas, bueno, todo el mundo tiene la certeza de que una vez que se resuelvan, por alguna extrapolación lineal de los métodos actuales de investigación, las respuestas por definición encajarán fácilmente en el marco ya establecido para ellas. Los debates sobre lo que es correcto y lo incorrecto, lo que es verdadero y lo falso, lo que es cordura y locura, todo tiene lugar dentro de los límites de una estructura universalmente aceptada de ideas que es muy poderosa porque nadie discute las ideas y la mayoría de la gente ni siquiera es consciente de que están allí.

La supuesta apertura a la innovación y a la diversidad que se dice que supuestamente caracteriza a la sociedad industrial moderna no hace nada, precisamente, para contrarrestar ese efecto. Los caprichos de las tendencias intelectuales y culturales, y las travesuras de las subculturas disidentes del arte, la religión y la política, todo se llevan a cabo dentro de los estrechos límites de una sabiduría convencional que, de nuevo, no es tan sabia como se asume tácitamente. Véase cualquier movimiento de vanguardia de cerca, y no es difícil darse cuenta de que su idea de rebelión contra todo el statu quo de la sabiduría convencional, sólo está un poco más lejos de lo que nadie ha tenido tiempo de ir recientemente. Y cuando eso pierde su encanto, puedes estar seguro de que en una generación (más o menos) algún nuevo movimiento llegará y lo hará todo de nuevo, convencidos de que están siendo revolucionarios haciendo algo que sus padres, abuelos y bisabuelos ya hicieron en su día.

Así, por ejemplo, la masturbación pública como una forma de arte de acción se ha inventado a intervalos de treinta a cuarenta años desde que a finales del siglo XIX. Ya ha ocurrido hasta ahora, que yo sepa, en los años 1890, 1920, 1950, y 1980, y probablemente se puede esperar una nueva edición en cualquier momento. Cada uno de esos movimientos artísticos, autoproclamado como de vanguardia, que enmarcaron este no especialmente interesante hábito como un acto revolucionario, utilizando cualquier tipo de retórica grandiosa fue muy popular en su momento; luego la multitud se aburrió, y tres décadas después la siguiente generación lo resucitó otra vez.

La historia del automóvil volador, que se ha inventado a intervalos regulares desde la década de 1920, sigue exactamente el mismo ritmo, y muestra exactamente la misma subordinación absoluta a la sabiduría convencional de la cultura industrial moderna. (hay que señalar que probablemente haya mucho de masturbación mental en nuestra obsesión colectiva con los coches voladores, pero eso es una discusión para otro momento.) A los fines de la presente discusión, el coche volador es un ejemplo particularmente útil, porque señala el principal problema del acatamiento irreflexivo al pensamiento predigerido de una era: la gente en esas circunstancias pierde la capacidad de aprender de sus errores.

Hay ciertamente un cúmulo de buenas razones por las que no tenemos coches voladores. Una de las principales es que las demandas de ingeniería de diseño de una aeronave y de un automóvil son muy diferentes, casi opuestas: un avión debe ser ligero, cuanto más, mejor, mientras que un coche necesita una peso para tener una buena tracción; los motores de aviación tienen que ser optimizados para la velocidad, mientras que los motores de los automóviles deben ser optimizados para el par, y así sucesivamente en toda una serie de requisitos técnicos. Un coche volador, por definición, va a ser tirando a malo tanto como un coche como avioneta, y debido a las complejidades adicionales necesarias para pasar de un modo de transporte a otro, que va ser tan costoso que por el mismo precio se podría conseguir un buen coche y una buena avioneta, y aún sobraría para pagar alquiler del hangar durante bastante tiempo.

Nada de esto es particularmente difícil de averiguar. Lo que es más, se ha demostrado una y otra vez por los coches voladores que se han inventado, patentado y probado a lo largo de los años. Siendo ese el caso, ¿por qué las audiencias en las charlas de TED siguen aplaudiendo entusiásticamente cuando

alguien les dice que en cualquier momento habrá coches volantes en el mercado? Debido a que los presupuestos de la sociedad industrial moderna niegan la existencia de límites y equilibrios ineludibles, y cuando las lecciones del fracaso ponen de relieve la realidad de estas cosas, esas lecciones siguen siendo desatendidas.

Ojalá que todas las consecuencias de la subordinación a las presuposiciones acríticas fueran tan inofensivas. Tome una cualquiera de la creciente espiral de crisis que se están acumulando en la sociedad industrial moderna en estos días; siempre ocurre que el motivo por el que no se dan los pasos obviamente necesarios es que la sabiduría convencional de nuestro tiempo prohíbe pensar en esos pasos, y la razón de que no se están aprendiendo las lecciones del fracaso sistemático es que la sabiduría convencional de nuestro tiempo niega que dichos fallos puedan producirse. Vivimos en la era de la senilidad cultural, en el que la gran mayoría de la gente mira fijamente a un futuro no deseado y siguen haciendo todas las cosas que están haciendo que llegue ese futuro.

El borrado del pasado desde el programa de estudios de universidades de Estados Unidos está lejos de ser el único factor que ha provocado esta realidad catastrófica, pero sospecho que su papel en este proceso ha sido significativo. La era de la senilidad cultural comenzó cuando la generación de los años sesenta, la generación que insistió en extirpar el pasado de su educación universitaria, llegó a la treintena y alcanzó posiciones de influencia, y desde entonces no ha hecho más que empeorar. Por tanto, la incapacidad de nuestra sociedad para aprender de sus errores o cuestionar sus ideas preconcebidas se ha convertido en un hecho político de masas y en una gravísima responsabilidad política.

Ninguna de las consecuencias de esta incapacidad es especialmente original. Se da la circunstancia, por ejemplo, que hace un poco menos de 2500 años, las voces influyentes en otra sociedad democrática ricas y poderosa abrazaron las mismas políticas que Robert Kagan y sus colegas neoconservadores están promoviendo en nuestro tiempo. Los partidarios de este Proyecto para un Nuevo Siglo ateniense creyeron que estas políticas confirmarían la hegemonía de Atenas sobre el mundo griego clásico; lo que sucedió en cambio, fue una pesadilla de expansión imperial, la guerra y el colapso económico y político de los que Atenas (y Grecia en su conjunto) nunca se recuperó. Puede leer todos los detalles en los escritos de Tucídices, uno de los autores supuestamente irrelevantes que las personas más cultivadas leían antes de la década de 1960 pero que nadie lee hoy en día.

Hay un beneficio evidente en la lectura de Tucídices. Menos obvia pero mucho más importante es la visión más sutil que se puede obtener de Tucídides, o para el caso de cualquier autor muerto hace mucho tiempo. Tucídides no era un moderno liberal estadounidense, políticamente correcto, ni tampoco un moderno neoconservador estadounidense patrióticamente correcto. Sus supuestos básicos sobre el mundo difieren drásticamente de las de cualquier lector moderno, y esas suposiciones chocan, una y otra vez, con las ideas muy diferentes que forman la subestructura automática de pensamiento en la mente moderna.

Si Tucídides no te resulta ofensivo, de hecho, es probable que no estés prestando suficiente atención, pero ese es precisamente el quid de la cuestión. Si empleas una pequeña cantidad del coraje intelectual necesario para seguir más allá de lo que te molesta u ofende, si tratas simultáneamente de entender el mundo tanto desde la perspectiva en que Tucídides veía su mundo y como desde tu propio punto de vista, aumentará el conocimiento de tus ideas preconcebidas y mejorarás tu capacidad comprender el mundo cuando lo que ocurre no encaje con tus ideas preconcebidas. Todos estos beneficios serán muy valiosos a medida que nuestra sociedad se despeñe en su actual trayectoria hacia el futuro distante.

****

Deberes para casa 1.

Como esta serie de posts se centra en la educación, os voy a poner deberes, sí. La tarea para las próximas dos semanas consiste en elegir una obra de ficción de longitud normal, como una novela, que (a) no hayas leído antes, y (b) que haya sido escrita antes de 1900, y leerla. Puede ser cualquier cosa que se ajuste a estos amplios límites: *Mujercitas*, *La Epopeya de Gilgamesh*, *La letra escarlata*, *La historia de Genji*, *El Quijote*, o algo completamente distinto. Sea el que sea, deberás leerlo de principio a fin, y prestar atención a los lugares y situaciones donde las hipótesis del autor sobre el mundo difieren de las tuyas. No hagas juicios sobre a las diferencias; simplemente adviértelas y piensa en cómo podrías ver el mundo con los ojos del autor.